

Cánnabis for men

Anthuan Leyva



Image not found.

Capítulo 1

Cánnabis for men

Era en una noche vieja, cuando sucumbí de forma habitual en el círculo vicioso de la marihuana. Aunque nos drogue por décadas, aquella ocasión para mi compadre no era laprimera vez ni el fin del uso prolongado de hachís –la franca decadencia que marco el inicio en el lecho amistoso y provisto– sino fue la vez en que afloro nuestra condena por ese bendito vicio de la naturaleza.

Todos los años, cada fin de año, apenas y pasaban las seis de la tarde, cuando mi compadre Mario acostumbraba llegar a visitarnos y con gran alboroto de gritos retumba la piltra familiar; acá en el transpatio de nuestra suegra, casi siempre me encontraba con el cáñamo encendido y fumando. Elevado en una nube de humo espesa (estaba muy pendiente de suregreso a pasar año nuevo con la familia este año): cuando lo escuche venir.

– ! Comadre ! – me grito.– No la chinges, allá en frente tienes a todos horneados por lamota. Disimula de perdida.

– ¿Por este porro insignificante? – respondí.– Déjalos, que de todas maneras van ahablar.

Desde el momento en que lo vi, lucia un semblante turbio y aburrido; me dio un abrazo y sea comodo en la silla de mi frente sin apenas saludarme. Y veo que esta ejerciendo otra vez suprofesión, por que uniforma un traje negro, pero aunque viste como un ejecutivo, aparenta estar harto de ser. Informo que había problemas en el matrimonio, pero que no estaba seguro si era algo serio. Dijo que alguien debió lavarle el rencor reprimido a su mujer, porque repudiaba como al fumar penetra en su ropa el hedor a: Cánnabis for men.

Pobrecito mi compadre, en todas la vísperas pasaba lo mismo; la vieja lo mandaba. Ella jalaba los hilos del mandil y el bailaba, como el fiel pistolero en el amor y la amistad. En aquel nocturno atardecer, sin embrago, los eventos recientes nos alteraron los nervios alborde.

– No pinches mames Comadre –alegue.– ¿ A poco hoy te vas a poner chiva?– Llevo sin consumir yerba como unos cinco meses – dijo.– Y me siento mejor.

¿A caso existe cura para los marihuanos?, ni que fuera la gripe para que se le quite. Tamaña traición de gente paisano, mira que venir a decirme que ya no fuma` hierba !A mique soy nuestro fundador del circulo vicioso!. En mi opinión, se que el dice la verdad, en que si ha de conlleva

bastante tiempo sin quemar. Empero, no creo que resista por mucho más. Puede que Mario Slim fuera un mandilón irremediable e un exagerado, pero tenía un don: podía hacer valer sus palabras sin contar en ellas con una gota de deshonestidad.

Cuando me dispuse a forjarme un porro, hasta muy entrada la noche; este estaba inspirado. Primero, había de cesar la conversación. Y luego, reporte las palmas detrás de los bolsillos de mi pantalón, y me plante un par de colas en el dorso. Y, en un impulso ciego y repentino, le aventé el material (empaquete) por encima de sus regazos. El había fumado siempre a mi lado, de modo que, esa noche supuse en que volvería a fumar un porro conmigo. A pesar de que su actitud revelaba una obstinada y casi fanática voluntad en evitar seguirme el rollo. Este recogió el paquete sin reacción de asombro con sus yemas –y exploro especialmente la decadencia del vicio con los dedos– lo sacudió y lo olfateo.

– Forjarte uno pues –dijo Mario. – Ya que.

Para lograr persuadir lo de levitar conmigo, hubo que desmoralizar lo con un juicio antinómico.<<Este porro es de la crunch- le dije.- Y luego lo bañe con humo espeso por encima de su cara.- Disfrútalo hermano.>>

–¿De seguro ya te colocaste?, por te brotan lagrimas a gorgoteos de los ojos –le dije.– Pero hasta no acabar de fumar. Este me dejo muy sorprendido.

– No siento nada.– me dijo. Tranquilo.

Al oír lo hablar con naturalidad, surgieron las risas; y pareciera que me estaba mintiendo. La realidad carecía de irrelevancia o era algo utópico.

– ¿Que? – exclame.– Y me volví hacia el.

– No siento nada – aclaro.

Eramos otra vez como un equipo. Solo que en esta ocasión me había vuelto una especie denodriza, el hombre del saco, el golpista que cae uno y otra vez, como un costal de papas luego de una santa paliza. Sin apenas, !este estaba equivocado o puede que haya sufrido un colapso de locura por culpa mi!. ¿Es que acaso fumamos al diferente?, ¿Porque lo veo más arreglado a el?. Este, este... mi compadre escurre la baba casi a chorros por su boca y el rojo del ojo a penas lo puede. Sin embargo, hoy me siento curtido hasta en los cojones de fumar tanto porro. Pero (este) Mario afirma que ni siquiera siente aun la levitación.

Trazando lineas en bosquejo al abismo de los recientes hechos insólitos, en cuestión a mi compadre Mario que ahora había superado mis

expectativas. Cuando este se encendió un cigarro de tabaco, yo hice arder un segundo porro (en incongruencia con el humo toxico derivado de la nicotina del tabaco) ambos, exhalamos macizo el segundo porro hasta acabar en una bachea diminuta. Y, volvió a surgir la cuestión al insólito dilema.

– ¿Y que onda? – le dije.– ¿A hora si te ha colocado el porro?.

– No siento nada – respondió–; con una seria expresión en su rostro y algo desanimado.– Hay que forjarnos un tercero, pues.

Desde el fondo de mi subconsciencia, exclame una inquietante reacción de asombro y preocupación.

– ¿QUE? – reaccione.– ¡Estas bien pendejo!... Por que a costa de no sentir nada, te vas a volver loco. Y luego me hecho encima a la fiera de tu vieja. Hay estuvo ya de drogarnos.

– ¿A no, Comadre?– me contesto.– Y me miro de esa forma que solo Mario sabe mirar.

A raíz de su mirada, surgieron mas risas, esta vez estridentes. El rojo de sus ojos significa que no soportar mas droga; y que esta caracterizado por una candente erupción de color escarlata y coágulos que amenazaban con brotarle en cualquier momento de sus cavidades en forma de enormes ampollas. En ocasiones tenemos nuestras diferencias, pero en realidad casi siempre concordamos cuando se trata de este tipo de hábitos indeseables para la sociedad.

El era muy agradecido e iba siempre invitándome de gorra para las borracheras de carrera larga. Desde la época de su primer encuentro, cuando aun eramos estudiantes de primer curso de primaria, para gran turbación del propio muchacho; siempre anduvimos juntos. Por eso, no hay forma de negarme cuando se trata de esa mirada tan mimado por la naturaleza y los amigos.

Estábamos sentados hombro a hombro, al confort de la sombra debajo del naranjo. Y extraje rápidamente un porro de tamaño familiar del bolsillo de la camisa y me lo metí a la boca. Lo palpe y retire el fuego del encendedor con mi mano, le doy una sola chupada –y Mario mira el porro como hipnotizado– la tempestad fragosa del humo que inhalaba me raspo la garganta. Me tape la boca con la mano y tosí de manera muy escandalosa. Cuando se hubo aclarado la garganta y lagrimas diáfnas se precipitaban por mis cachetes colorados, le entrego con mayor prisa el porrón encendido. El compadre y sus ojos hinchados se volvieron a brillar de escarlata en su totalidad al glóbulo ocular. De hecho, su apariencia no ha cambiado mucho, casi es igual a la ultima vez en que había de fumar. Y, solo el rostro se le adormeció por horas, con cada vez que exhalaba e

inhalaba el humo del grupo de nubes en que hubo el recorrido orbital de la marihuana.

– ¿Y que?... ¿Ahora si te ha llegado a colocarte, Comadre?– pregunte.

– No siento nada –suspiro.– No siento las manos... No siento las piernas...
! NO SIENTO NADA!.

Y, solo entonces caí ha la cuenta que, desde el momento en que fumamos el primero de los porros, este ya estaba mas ido que yo.

FIN,

Anthuán Leyva.